



## CAPÍTULO VI.

Va Gil Blas á ver representar á los cómicos de Granada: de la admiracion que le causó el ver á una actriz, y de lo que le pasó con ella.



ODAVÍA no habia salido García de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien portados, que vinieron á sentarse junto á mí. Principiaron á hablar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entonces. De su conversacion inferí que aquella pieza era muy aplaudida; y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre habia estado en el palacio, en donde estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

Luego que fué hora, me marché al teatro, en donde hallé un gran concurso. Oí al rededor de mí diferentes conversaciones sobre la pieza antes que se empezase, y observé que todos se metian á dar su voto sobre ella, declarándose unos en pro, otros en contra. Decian á mi derecha:—¿Se ha visto jamas una obra mejor escrita? Y á mi izquierda exclamaban:—¿Qué estilo tan miserable! En verdad se debe convenir en que si abundan los malos autores, abundan mas los peores críticos. Cuando pienso en los disgustos que los poetas dramáticos tienen que sufrir, me admiro de que haya algunos tan atrevidos que hagan frente á la ignorancia del vulgo, y á la censura peligrosa de los sábios superficiales que corrompen algunas veces el juicio del público.

En fin, el gracioso se presentó para dar principio á la escena: por todas partes sonó un palmoteo general, lo que me dió á conocer que era uno de aquellos actores consentidos, á quienes el vulgo todo se lo disi-

mula. Efectivamente, este cómico no decia palabra ni hacia gesto que no le atrajesen aplausos; y como se le manifestaba demasiado el gusto con que se le veía, por eso abusaba de él; pues noté que algunas veces se propasaba tanto sobre la escena, que era necesaria toda la aceptacion con que se le oía para que no perdiese su reputacion. Si en lugar de aplaudirle le hubiesen silbado, frecuentemente se le hubiera hecho justicia.

Palmotearon tambien del mismo modo á otros comediantes, pero particularmente á una actriz que hacia el papel de graciosa. Miréla con cuidado, y me faltan términos para espresar la sorpresa con que reconocí en ella á Laura, á mi querida Laura, á quien suponía todavia en Madrid al lado de Arsenia. No podia dudar que fuese ella, porque su estatura, sus facciones y su metal de voz, todo me aseguraba que yo no me equivocaba. Sin embargo, como si desconfiara de mis ojos y de mis oídos, pregunté su nombre á un caballero que estaba á mi lado.—¿Pues de qué tierra viene vd.? me dijo: sin duda vd. acaba de llegar cuando no conoce á la hermosa Estela.

La semejanza era demasiado perfecta para que pudiese equivocarme, y desde luego comprendí bien que Laura al mudar de estado habia tambien mudado de nombre; y deseoso de saber noticias de ella, porque el público jamas ignora las de los cómicos, me informé del mismo sugeto, si esta Estela tenia algun cortejo de importancia. Respondióme que un gran señor portugues, llamado el marques de Marialba, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho á no haber temido cansarle con mis preguntas. Pensé mas en la noticia que este caballero acababa de darme que en la comedia; y si al salir alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y me determiné á visitarla en su casa al otro dia. No dejaba de inquietarme el cómo me recibiria. Tenia fundamento para pensar que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y aun de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme, por vengarse de un hombre del cual tenia ciertamente motivos de estar sentida; pero nada de esto me desanimó. Despues de una cena ligera (pues en mi posada no se hacian de otra clase) me retiré á mi cuarto con mucha impaciencia de hallarme ya en el dia siguiente.

Dormí poco, y me levanté al amanecer: mas pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaria ver tan de mañana, ántes de ir á su casa gasté tres ó cuatro horas en componerme, afeitarme, peinarme y perfumarme, porque queria presentarme á ella en tal aparato, que no se avergonzase de verme. Salí á cosa de las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivia, y pasé á la suya. Vivía en un cuarto principal de una



casa grande. Abrióme la puerta una criada, á quien le dije pasase recado de que un jóven deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó:—¿Quién es ese jóven? ¿Qué me quiere? Que entre.

Discurri haber llegado en mala ocasion, pues estaria su portugues con ella al tocador, y que para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el marques de Marialba, que pasaba con ella casi todas las mañanas. Por tanto esperaba yo un mal recibimiento, cuando aquella actriz original viéndome entrar, se arrojó á mí con los brazos abiertos, exclamando como fuera de sí:—¿Ay hermano mio! ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces, y volviéndose despues hácia el portugues, le dijo:—Señor, perdonad si en vuestra presencia cedo á los impulsos de la sangre. Despues de tres años de ausencia no puedo volver á ver á un hermano á quien amo tiernamente, sin darle pruebas de mi afecto.—Dime pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, dime algo de nuestra familia: ¿cómo ha quedado?

Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intencion de Laura, y apoyando su artificio, le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos á representar:—Nuestros padres están buenos, gracias á Dios, querida hermana.—Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió; pero no me condenes sin oirme. Bien sabes que hace tres años mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan Don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado de su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre, y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó huyendo á Cataluña<sup>1</sup> con todo cuanto encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó bajo las banderas de los venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los turcos. En este tiempo fué confiscada una posesion que era el único bien que poseíamos, y vine á quedar reducida á unas asistencias escasísimas. ¿Y qué partido podia tomar en situacion tan crítica? Una viuda jóven y de honor se halla en mucho compromiso: yo carecia de medios para restituirme á Asturias, ¿y qué haria allí? El solo consuelo que hubiera recibido de mi familia hubiera sido compadecerse de mi desgracia. Por otra parte, yo habia recibido muy buena educacion para resolverme á abrazar una vida licenciosa. ¿Pues qué arbitrio

<sup>1</sup> Como la Cataluña estuvo por aquel tiempo en rebelion, servia de acogida á los prófugos del resto de la península.





me quedaba? El de hacerme cómica para conservar mi reputacion.

Al oír á Laura finalizar así su novela, fué tal el impulso de risa que me dió, que apenas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí, y le dije con mucha gravedad:—Hermana mia, apruebo tu proceder, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marques de Marialba, que no habia perdido una palabra de nuestra conversacion, tomó al pié de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de Don Antonio. Tambien se mezcló en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada, ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria; pero me pareció no habia necesidad de ello; y le dije lo cierto, contándole punto por punto como habia entrado en casa del Arzobispo y como habia salido; lo que divirtió infinito al señor portugues. Es verdad que, á pesar de lo que habia prometido á Melchor, me divertí un poco á costa del Arzobispo. Lo mas gracioso fué que, imaginando Laura que esta era una nueva novela como la suya, daba unas carcajadas que hubiera escusado á haber sabido que era la realidad.

Despues de haber acabado mi relacion, que concluí hablando del cuarto que habia tomado alquilado, avisaron para comer. Quise al momento retirarme para ir á comer á mi hostería, pero Laura me detuvo. ¿En qué piensas, hermano mio? me dijo; has de quedarte á comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Mi intencion es que vivas y comas en mi casa, y así haz traer tu equipage hoy mismo que aquí hay una cama para tí.

El señor portugues, á quien tal vez no agradaba esta hospitalidad, dijo á Laura:—No, Estela, no tienes aquí comodidad para recibir á nadie. Tu hermano, añadió, me parece un buen mozo, y con la recomendacion de ser cosa tan tuya, me intereso por él. Quiero tomarle á mi servicio: será á quien mas quiera de mis secretarios, y le haré depositario de mis confianzas. Que no deje de ir desde esta noche á dormir á casa; yo mandaré le pongan un cuarto. Le señalo cuatrocientos ducados de sueldo, y si en adelante tengo motivo, como lo espero, para estar contento de él, le pondré en estado de consolarse de haber sido demasiado sincero con su Arzobispo.

A las gracias que dí por esto al marques, añadió Laura otras mas expresivas.—No hablemos mas de ello, interrumpió el marques; es negocio concluido. Al acabar estas palabras, se despidió de su princesa de teatro, y se marchó. Laura me hizo pasar al momento á un cuarto retirado, en donde viéndose sola conmigo, dijo:—Hubiera reventado si hubiese contenido mas tiempo la risa, y dejándose caer en un sillón y apretándose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer



lo mismo; y cuando nos hubimos cansado me dijo:—Confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; pero yo no esperaba tuviese tan buen fin: mi ánimo solamente era proporcionarte la mesa y cuarto en casa, y para ofrecértelo con decoro fingí que eras mi hermano: me alegro que la casualidad te haya facilitado tan buen acomodo. El marques de Marialba es un caballero muy generoso, que hará por tí aun mas de lo que ha prometido. Otra que yo, continuó ella, acaso no hubiera recibido con tan buen semblante á un hombre que deja sus amigos sin despedirse de ellos; pero yo soy de aquellas chicas de buena pasta, que vuelven á ver siempre con agrado al picarillo á quien amaron.

Confesé de buena fé mi desatencion, y le pedí me la perdonase; despues de lo cual me llevó á un comedor muy aseado. Nos sentamos á la mesa, y como teniamos de testigos una doncella y un lacayo, nos tratamos de hermanos. Luego que acabamos de comer, volvimos al mismo cuarto en donde habiamos estado en conversacion, y allí mi incomparable Laura, entregándose á su alegría natural, me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde nuestra última vista. Hicele de ello una fiel narracion, y cuando hube satisfecho su curiosidad, ella contentó la mia relatándome su historia en estos términos.

